

¿Una literatura infantil y juvenil navarra?

Jesús ARANA PALACIOS *

Ano ser que sólo queramos referirnos al idioma en que está escrita, resulta controvertido añadir al sustantivo literatura un toponímico. Cuesta justificar el estudio de un puñado de autores que no tienen otra cosa en común que su lugar de nacimiento; y esto es así, lógicamente, porque es muy discutible que la geografía condicione el carácter hasta el punto de que se pueda encontrar rasgos comunes en las obras de los escritores coterráneos. Sí es concebible, en cambio, que un mismo idioma, unas lecturas comunes y, en definitiva, una tradición cultural compartida hayan podido generar en el pasado, cuando la lentitud de los transportes y de las comunicaciones convertían a los países en compartimentos estancos, algunas características que, más o menos acentuadas, se podían rastrear en autores nacidos en un mismo país o en una misma región. Hoy, como reivindicaba no hace mucho el escritor Javier Marías, cualquier escritor puede elegir la tradición a la que quiere pertenecer. Gracias a fenómenos como Internet, un escritor afincado en un pequeño pueblo de la Sierra de Urbasa puede adoptar la tremenda decisión de convertirse en un autor norteamericano o alemán, ¿por qué no? Sólo es necesario saber idiomas. Y ni siquiera eso. La literatura más que por la geografía física cabe clasificarla por una geografía de la imaginación dominada por los grandes nombres. Es más razonable hablar hoy de una literatura kafkiana, una literatura faulkneriana, proustiana, o borgiana... que de una literatura alemana, norteamericana, francesa o argentina. Y qué decir de una literatura navarra. Seguramente no existe tal literatura. Así que nos hemos metido en arenas movedizas. Y esto no es nada, porque hay también quien se pregunta si realmente existe una literatura infantil y juvenil. Me temo que responder a esta pregunta nos va a llevar más de un párrafo.

La literatura infantil no podía existir en la Antigüedad por la sencilla razón de que no existía la infancia. Es de sobra conocido que la infancia no existió hasta hace algo más de trescientos años. Existían los niños, naturalmente, pero eso es distinto. De la misma manera que la naturaleza siempre ha estado ahí, pero el ecologismo como actitud protectora hacia la naturaleza es algo muy reciente. “El surgimiento de una floreciente industria de literatura infantil es parte del proceso que Philippe Ariès denomina la invención de la infancia, la definición de la infancia y la adolescencia como fases específicas de la vida, con sus propios problemas y necesidades —escribe Martyn Lyons en el recientemente editado *Historia de la lectura en el mundo occidental*—. Este proceso cabe situarlo en el Renacimiento y es, curiosamente, contemporáneo de un invento que revolucionó la mentalidad medieval: la imprenta.

La aparición de la infancia resuelve, pues, parte del problema, pero no todo. A diferencia de lo que ocurre con la literatura femenina, concepto repudiado por muchas escritoras, o con la literatura afroamericana, la literatura infantil no viene definida por quienes la escriben sino por el público al que va dirigida. Es la única literatura en la que, por definición, el emisor y el receptor nunca coinciden. Esta es una de las objeciones que se le suele hacer. María Zambrano decía que los adolescentes le recordaban a naufragos zozobrantos que llegaban hasta el mundo de los adultos después de haber sufrido una gran pérdida. Es muy difícil que los autores de literatura infantil lleguen a reconstruir ese mundo perdido, por muy buena memoria que tengan. Hay quien sostiene que todos los esfuerzos que se hagan en este sentido están condenados al fracaso. “El campo imaginario de la infancia —escribe François Dolto— es absolutamente incompatible con el campo de la racionalidad a través del cual el adulto asume su responsabilidad sobre el niño. Testimoniarlo auténticamente, sin proyección del narrador, sin repetición de tópicos, sin referencia a un modelo social, fuera de toda moral y de toda psicología, y sin intentar hacer poesía con ello es, en último instancia, intraducible para el adulto... Entonces la verdadera literatura infantil, ¿será la que escribiría un niño (como Ana Frank, aunque ella no relata sus primeros años)? Habría que animarlo a eso. No se parecería a la literatura escrita para gustar a los niños. Pero aunque no interese al vecino, tal vez sería una terapéutica de la escritura. Cumpliría la palabra de san Pablo: “Cuando yo era niño, hablaba como un niño”.

10 Pero si olvidamos esta objeción y nos atenemos a los hechos, observamos que la literatura infantil y juvenil que, ontológicamente hablando, no puede existir, resulta que existe (como las meigas: haberlas, haylas). Existe desde hace tres siglos; y en los últimos treinta años con una pujanza y una salud envidiables. Aunque en esto de su historia, habría mucho que matizar. Hasta bien entrado este siglo, si exceptuamos a esos pocos escritores que están en la mente de todos —los Mark Twain, Julio Verne, Lewis Carroll, Stevenson, etc.— y que son como grandes montes en un páramo, los libros destinados a los niños no eran más que una forma de dorar la píldora. La célebre fórmula de “instruir deleitando”, no era más que una manera de hacerles tragar a los niños algo que no les gustaba metido en algo que, presuntamente, les gustaba, con lo que al final acababan resultándoles estomagantes ambas cosas. La verdadera historia de la literatura infantil y juvenil, la que nos interesa a nosotros porque se interesa por sus lectores, los trata con respeto y les propone asuntos que les preocupan tratados además con una gran exigencia estética, esa literatura infantil y juvenil tiene una historia mucho más breve. Pasa aquí como en el cine, que cuando hablamos de clásicos —desde Peter Pan al Principito, pasando por las obras de Erich Kästner, Rodari, Sempé, Dahl, etc— nos referimos a obras que tienen cincuenta años de vida o poco más.

Pero que la literatura infantil y juvenil haya llegado a su mayoría de edad no impide que, de vez en cuando, incluso en algunos libros publicados en la actualidad, asomen la oreja algunos pecados capitales que cometían a manos llenas aquellos libros que durante siglos pretendían instruir deleitando a los niños. A tres de esos pecados capitales, los más mortales quizá, nos vamos a referir en seguida.

En 1972, para una edición del *Pinocho* de Collodi publicada por Alianza, escribió Rafael Sánchez Ferlosio un prólogo delicioso. Muy en su estilo, Sánchez Ferlosio escribe uno de esos rarísimos prólogos que, en lugar de invitar a la lectura de la obra que prologan, invitan poco

menos que a salir corriendo. Reconoce los aciertos de Carlo Collodi, lo que según Ferlosio le excusa de detenerse en las alabanzas que pueda merecer. Él prefiere centrarse en las objeciones y dice algo que se puede decir de otras muchas obras: “¡Qué hermoso libro habría sido éste (suponiendo que fuese lícito hablar así, que no lo es) si el autor hubiese osado dejar a solas su imaginación, limpia de otra intención que no fuese la propia de narrar, que es evocar y transmitir los acontecidos, y se hubiese atrevido a escribirlo no para los niños, sino exclusivamente para sí, lo que equivale a decir para quienquiera!”. Las tres objeciones que hace Sánchez Ferlosio al autor de Pinocho son, precisamente, tres de los más grandes pecados capitales que se puede cometer en los libros escritos para niños.

El primero de estos pecados tiene que ver con el lenguaje. Compara Ferlosio el lenguaje utilizado por algunos adultos para hablar con los niños con el utilizado por los colonizadores — “Mtombo llevar Hombre Blanco Bulawayo y Hombre Blanco dar dinero Mtombo”—. Y hace la siguiente apreciación: “toda adaptación al receptor es una perversión lingüística y un acto de desprecio, al menos objetivo, hacia ese receptor. Así como hay un lenguaje para colonizados, hay un lenguaje para masas, un lenguaje para mujeres, un lenguaje para niños; en ninguno de ellos tiene cabida una palabra leal”. Cuenta después el autor de *Alfanhuí* una divertida anécdota. Cuando era muchacho y tenía perros, nos dice, en el deseo de hacerse comprender mejor por ellos, se echaba a cuatro patas y trataba de imitarlos en sus ladridos y en sus movimientos; hasta que un día su madre le sorprendió en esa postura y le preguntó con sorna: “¿Sabes lo que estarán pensando ahora los perros? No, ¿qué estarán pensando? Pues estarán pensando: ‘¿Pero qué es lo que hace ese cretino?’”.

El lenguaje de algunos autores que escriben para niños, aun con la mejor intención de acortar las distancias y ponerse a la altura de los pequeños, está preso en un juego de espejos y es poco más que la imitación de una imitación. En definitiva, volvemos a citar a Ferlosio, “Lo que se hace con la lengua con que se les habla es algo que se está haciendo con los hombres mismos, y si las jergas coloniales indican la relación que media entre colonizadores y colonizados, la jerga para las masas revela lo que se quiere que los pueblos sean, la jerga de las revistas femeninas lo que se quiere que sean las mujeres o lo que se pretende que son, la jerga de los círculos ‘only men’, clubs o tabernas, expresa el triste modelo social de los varones. Tres cuartos de lo mismo es lo que ocurre con el lenguaje para niños, que es preciso distinguir muy bien del habla de los niños”.

El segundo pecado capital es, curiosamente, el exceso de moralidad. Veamos los que dice Ferlosio en el prólogo que venimos comentando: “La narración debe ser amoral, como lo es su propio objeto: la evocación de un acontecer; toda otra intención que no sea ésta es advenediza y bastarda en sus entrañas [...]. La novela moral es literariamente inmoral en la medida en que la intención bastarda se interfiere con la intención legítima; esto es, en la medida en que para servir a la ejemplaridad siempre se manipulan, quiérase o no, de uno u otro modo, los acontecimientos”. Es muy cierto todo esto que dice Rafael Sánchez Ferlosio: casi nadie discute a estas alturas la autonomía del arte, que no se debe sino a sí mismo y a su propia coherencia estética. Y sin embargo, siguen proliferando libros que pretenden “instruir deleitando”. Que la dirección sea ahora mucho más aceptable y que sus intenciones sean mucho más nobles, no significa que no se esté volviendo, si alguna vez se había dejado de hacerlo, a prostituir la lite-

ratura. Todos los libros políticamente correctos, todos los libros feministas, antirracistas, ecologistas, etc. por más que nos gusten y por más que estén escritos por estupendos ciudadanos, son literariamente fraudulentos (con independencia de que puedan, además, estar bien escritos) y nos retrotraen a la época en que los libros pretendían fomentar el amor a Dios, el respeto a los padres y el afán al trabajo a través de una literatura supuestamente infantil.

El tercer pecado capital lo resume Ferlosio en esta frase: "Contra los fueros del arte no sirve querer. En la magia, para lograr una metamorfosis no basta la voluntad de producirla: hay que saber el arte. En la literatura [...] lo mismo: no bastan los más voluntariosos empeños del autor: hay que saber el arte". Este pecado que consiste en esperar que el lector crea que las cosas son porque sí, porque al autor le da la real gana, sin una progresión que nos convenza, no es, en modo alguno, privativo de la literatura infantil, aunque es posible que se dé en ella de manera más acusada. Ortega (a quien Ferlosio, dicho sea de paso, profesa un odio sólo comparable al que profesa a Walt Disney, "el gran corruptor de menores de este siglo") contaba que le irritaba una larga novela de la Pardo Bazán donde se decía cien veces de un personaje que era gracioso, pero que no se le veía hacer ni decir ninguna gracia cada vez que aparecía en la novela. Y concluía Ortega: "El imperativo de la novela es la autopsia. Nada de referirnos lo que un personaje es: hace falta que lo veamos con nuestros propios ojos...Donde las cosas están huelga contarlas".

12

Tan graves le parecen a Ferlosio estos pecados capitales que, en parte, atribuye al *Pinocho* de Collodi y, por extensión, a toda la literatura infantil, que llega a decir: "A mí me importa poco que [las objeciones que hago] pongan en cuestión la posibilidad misma de una literatura para niños como un tipo específico y bien diferenciado.

Si no puede existir, pues que no exista; no hay sino que regocijarse de que no exista algo cuya existencia sólo es posible en la degradación". No es necesario, sin embargo, compartir su radicalismo. La literatura infantil no es sólo que pueda existir: es que existe. Lo que sí es cierto es que se trata de una literatura muy amenazada. Se mueve siempre en el filo de una navaja que tiene a un lado el abismo del ridículo y al otro el del más puro panfleto. Por eso no es verdad que sea más fácil escribir para niños que para adultos. Al contrario. Hace falta ser un gran artista para sortear esos peligros. Los escritores que escriben para niños asumen además una gran responsabilidad. No todo el mundo es capaz de saborear el *Quijote* a los siete años (como Goethe pongamos por caso), por lo que la mayoría de los niños tienen el primer contacto con la lectura en su aspecto más lúdico y placentero, a través de sus obras. A través de las obras de un Jesús Ballaz, una Lucía Baquedano, un Pablo Zapata o un Ramón García Domínguez. Y ese primer contacto es además determinante en el futuro de esos lectores. Ahí es nada el reto.

Supongo que quien me haya seguido hasta aquí después de este largo paseo por los cerros de Úbeda se creará con derecho a preguntar: pero en qué quedamos, ¿existe o no una literatura infantil y juvenil navarra?. La respuesta es que no, naturalmente. Existen unas cuantos autores navarros, precisamente los que hemos reunido para este número de TK, que escriben buenos libros para niños y que, página a página, van tejiendo un universo personal que alimenta la imaginación de muchos pequeños lectores... navarros y no navarros. ¿Se puede pedir más?